

si Momo, el cara y media, no fuere autoridad en materia de lenguaje, lo será de fijo el autor del poema del conde Fernan González, uno de los monumentos primitivos de nuestra lengua, donde está dicho :

[Salía muy mucho caballo vacío con mucha silla.

Este [*muy mucho caballo*] piensa usted que era un solo caballo? Pues uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla.

Si el cántaro da en la piedra, mal para el cántaro; si la piedra da en el cántaro, mal para el cántaro. Bonito soy yo para dejarme poner la mano en la horcajadura por semejante matracalada de cabezas torcidas, que vienen á rezarme las estaciones en medio de la controversia literaria.

« Hablar *en* nunca se ha dicho, sino *de ó acerca* de un asunto. Si el autor habla *en* materias filosóficas, ya puede hablar *en macarrones*. De estas gangas se me ofrecen á cada paso. »

Al bobo se le aparece la madre de Dios; y al crítico tabernario, apologista de Avellaneda, se le aparece el látigo con que don Diego Clemencin, don Antonio Capmany, don Vicente de los Rios y más analizadores cultos le abren las carnes al fraile ó *el clérigo* infame que osó presentar al noble don Quijote en postura indecorosa, acortándole á posta la camisa con que Cervantes habia honestamente escondido las reservas del pudor. Los *macarrones* de mi censor y la torpe figura de Avellaneda, todo es uno.

« El buen filósofo Diógenes vió hablar á un discípulo

suyo con un mancebo... al cual como le preguntase *en qué* hablaba... » Es lástima, dice Clemencin, que esta expresion vaya anticuándose, porque es más elegante y ménos familiar que *hablar de ó acerca de* un negocio. El padre Feijoo, hombre tan uno con las buenas letras como con la templanza, hablaria tambien *en macarrones*? Y Hurtado de Mendoza no fué sin duda un porro cuando escribió en « Lazarillo : » « Así estuvimos hasta la noche hablando *en* cosas que me preguntaba, á las cuales yo respondí lo mejor que supe. » Así como las obras maestras, segun lo sienta Sócrates, son obra de las virtudes, asimismo sin delicadeza no puede haber acierto. *A un home letrado é de vuesa compostura era mal contado el facer de acucioso* reidor. El Bachiller Fernan Gómez de Cibdad Real pudo haber recabado de Juan de Mena lo que á ninguna costa alcanzaria de estos Juan Ranas que pasan á mayores sin advertencia ninguna á política ni decoro.

« Este inventor arbitrario de palabras convertiria dentro de poco nuestra lengua en cosa nueva, que no entenderia el demonio, si le dejásemos libre en su hacienda. Pero no haya miedo, pues aun nos queda el brazo sano. »

Halladooslo habeis el neologista presuntuoso. Don Pedro Felipe Monlau, en su Diccionario etimológico, exige derivacion recta, necesidad y oportunidad para la creacion de vocablos nuevos. El que tuviere buena raiz, nunca será barbarismo; y el que fuere oportuno, será término gracioso y digno del caudal de una lengua sabia. *Izquierdar* tiene buen origen y es oportuno :

de ésta manera haria yo mi defensa, si yo lo hubiese inventado; pero no soy yo, sino Cervantes quien ha dicho: « El canónigo, como vió que don Quijote *izquierdaba...* » Y ni aun él es el inventor de la hermosa palabra, sino fray Luis de Granada, segun lo insinúa el más prolijo y atinado de los comentadores del Quijote. « Izquierdar, apartarse del camino recto de la razon: palabra metafórica felicisimamente inventada, tal vez por fray Luis de Granada en el Símbolo de la fe. »

« El caminante, que vió *de la* manera que venian esos hombres... » « Nuestro gran escritor debió decir: que vió la manera *de* que venian. Pero *este genio* no acertará ni de chiripa. » Tal dice Avellaneda; ahora oigamos á Cervantes: « El hombre que vió *del modo* que trataban á su compañero... » Y don Diego Clemencin, comentando este pasaje: Manera elegante de decir, en lugar de: Qué vió *el modo de* que trataban á su compañero*.

Si las maneras elegantes de decir son barbarismos, disparates y futilidades, porque las usan legos, dejemos pues que la sala del Behema, ó el cabildo eclesiástico den nuevas leyes de lengua castellana; aunque, segun el caudal de sus noticias en el arte de escribir, darán ciento en la herradura y una en el clavo. Si no erraren de ignorancia, errarán de propósito: se tienen echada el alma á la espalda, y todo lo que no sea sufragar por su ambicion, su presuncion y su codicia, será mala gramática, creencia falsa y necedad. Mucho dicen, y

* Comentario al Ingenioso hidalgo.

mucho hablan de sí propios, y mucha bulla meten de Iglesia, infierno y salvacion; pero herradura que chacotea, clavo le falta. Sólo Dios es bueno, hermanos; él sólo es grande y sabio. Nuestro silencio depusiera más en favor de nosotros que estas verbosidades maliciosas, las cuales no son por ventura sino vanidad y soberbia en cuyas entrañas se está desenvolviendo la desgracia de la vida.

« Ya usó del singular por el plural en nombres sustantivos nuestro clásico autor; ahora lo usa en verbos, echando albarda sobre albarda, como si alguna vez se encontrara este uso en los buenos escritores, ni en poesía. Mas démosle pasaporte á este disparatillo en gracia del talento que ha echado en él nuestro curioso don Juan. »

Miedo ha payo que reza: está, sin duda, viéndole las orejas al moro difunto que va á llamar furiosamente á sus puertas.

Azarque dió una gran voz,
Diciendo: *Abri* esas ventanas:
Los que me llorais, oidme.
Abrieron, y así les habla.

Era uso comun antiguamente suprimir la *d* que forma el plural de la segunda persona de los verbos activos; y si hoy corre ménos tal costumbre, nadie que tenga noticia de la poesia castellana podrá decir, sin ocultar la verdad, que tal uso no ha reinado en Castilla.

Rui Diaz de Vivar, apellidado el Cid, tenia dos hijas á cual más bella y querida por su gran padre. Doña Sol era muchacha resplandeciente con la luz propia que la

animaba, circundándola en suaves ondas que la volvian ángel de ojos negros, medio caído al embate del amor mundano. Doña Elvira, la menor, pudiera haber causado la ruina de España, si ya la Cava no hubiera dado buena cuenta del reino del *injusto forzador*. La madre de las dos palomas era una tal doña Jimena á quien, por más señas, el Cid su marido quiso cortar las faldas por vergonzoso lugar. A pesar de tamaña osadía, la doña Jimena daba sus pedazos por su señor, y al real de los moros se hubiera metido por salvarle. Un día el mio Cid Campeador, herido el punto de honra, entra á su casa revuelto y alborotado, echa mano por la primer arma que encuentra, y va á salir amenazando al cielo y á la tierra. Su mujer y sus hijas se abalanzan sobre él, y aherrojándole con amoroso atrevimiento, le contienen é imposibilitan. El guerrero ofendido lucha, y está gritando de este modo :

Elvira, *soltá* el puñal!
Doña Sol, tiradvos fuera!
Non me tengades el brazo,
Dejadme, doña Jimena!

El Romancero del Cid cometió *un disparatillo*, como yo, cuando dijo *soltá* el puñal, en vez de *soltad* el puñal. Con ser indígena de América el cholo Avellaneda, no tiene conocimiento del uso familiar nuestro de decir á hijos y criados : Vení, tomá, callá?

« Quien alcanzare á penetrar esta maraña, le tengo por hombre de mucho entendimiento, » dije por ahí. Esto es carecer hasta de las primeras nociones del arte

de bien hablar, afirma el analizador : el dativo no puede ir sin su preposicion correspondiente : debió el bueno de don Juan haber escrito : *A quien alcanzare*, etc.

A santa Teresa no se le alcanzó tampoco esta regla cuando dijo : « Quien trabajare á traer consigo esta preciosa compañía, yo le doy por aprovechado. » Y Juan Valdes, autor celeberrimo del Diálogo de la lengua, fué un porro cuando escribió : « Lo más puro castellano que tenemos son los refranes. » Refranes con el vicio en que cayó la susodicha doctora, y en que he caído yo, ocurren á cada paso.

Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

Quien anda entre la miel, algo se le pega.

Quien de lo ajeno se viste, en la calle le desnudan.

Este régimen oblicuo, digamos así, es una como elipsis en la cual el pronombre trae embebida la preposicion. Santa Teresa y Juan Valdes sabian donde les apretaba el zapato.

« En haciéndola el hipócrita, la ha de pagar : infierno, ¿ para quién? »

« Don Juan lo escribe, pero lo entiende Júdas. Qué es *haciéndola*? qué hace el pobre hipócrita, que no lo será tanto, ya que ha merecido el anatema de un rojo? Veamos cómo sale de esta angostura el amigo que todo se lo sabe. »

Agora lo veredes, don traidor y palabrero. *En haciéndola*, esto es en haciendo de las suyas : y las del hipócrita son decir uno por ál, mentir ; devorar á Cristo con dientes aguzados por el diablo atras del altar

mayor; cargar cilicios de cera, y procurar se los vean todos; ayunar en público, y comer carne de puerco á solas; ser caritativo de palabra, y cutre en las obras; darse golpes en el pecho, á los cuales tiemblan de susto la verdad y de ira el cielo, y pasarle la mano por el cerro á la lujuria; volver á Dios los ojos del cuerpo, y al demonio los del alma; encubrir hábilmente las pasiones, suplantar los afectos, falsificar las esperanzas: ser, en una palabra, monedero falso de religion, costumbres y virtudes: tenerse en casa el cuño de la vida, y sacar piezas sin ley ni valor intrínseco. Esto es ser hipócrita, y éstas son *las del hipócrita*.

En haciéndola es locucion elíptica bellamente usada por los más remirados y elegantes escritores, como Alonso del Castillo, quien ha dicho: « Si fueses, oh mi Dios, tan puntual y ejecutivo, que *en haciéndola* el pecador, luégo la pagara, ¿ qué fuera hoy de tus mayores amigos? »

No pienso yo que unos como ellos fueran para tan grandes cosas. « Nuestro autor no habla sino la mitad; la mitad queda para que lo supla y lo agregue Pateta. Y esto más, que él se discurre estos que él llama *cortes y torneos*, reñido como anda con el giro de la lengua francesa. »

¡ Tanto como esto puede decir un crítico á quien ni ayuda la sabiduría ni abona la conciencia! Los más graciosos laconismos de los escritores modelos son tachados de *mitades defectuosas*, cuando los maestros de la lengua los presentan como ejemplares dignos de imitacion. Santa Teresa tiene miles de estos compendios de pala-

bras, digamos así, donde el pensamiento, como puro diamante, está brillando perfectamente montado. « A ser yo para saberlo decir, se podria hacer un gran libro de oracion. » « Así que, hermanas, no creais fuérades para tantos trabajos. »

En Mariana leemos esta rápida locucion: « Para éstas, dijo el Condestable cogiéndose las barbas, que el cleriguillo me la ha de pagar. » El cleriguillo era el obispo de Avila que le estaba haciendo mala obra en el ánimo de don Juan II; y tanta le hizo su reverenda, que el pobre don Alvaro de Luna descontó en el patibulo los triunfos y las glorias de su vida, sin que hubiera llegado el dia de *cobrársela* á su ilustrisimo enemigo.

« Esto en orden á puntos gramaticales, y por lo que mira á la retórica, dicen al fin cualesquiera de los zolitos ridiculos de la línea ecuatorial; ahora en hecho de religion seremos, no solamente firmes, sino tambien atrevidos, impetuosos, tenaces, acometedores é invencibles, porque tenemos ofrecida nuestra alma á Dios, y nuestras facultades á la defensa de su santa doctrina enseñada por Jesucristo y sus apóstoles. »

Embrazan los escudos delante los corazones;
Abajan las lanzas apuestas de los pendones;
Enclinaron las caras desuso de los arzones,
E vanlos á ferir de fuertes corazones.

A estos caballeros andantes de retablo ya don Quijote los descabezó á todos; é así non me da afincamiento de las sus coitasas bravezas; ca si la verdad es escudo de la conciencia, á ningun bellaco desalmado le es con-

cedido ferir en ella ; é cuando el impetu inmóvil de la convicción está operando en el ánimo nueva, nos da fuertes corazones, é todo es poder é vencimiento sobre la clerigalla que, ahorrada de faldas, face jura de venirnos encima, é hebernos la sangre de las venas, é comernos el tuétano de los huesos. Yo me soy tan quedador de ese á quien me tratan mostrar enemigo contra todo mi talento, que non fago cosa, nin acometo empresa sin que dé abertura á ello con esta sancta encomendacion de aguisadas palabras :

En el nombre del Padre que fizo toda cosa,
E de don Jesucristo fijo de la Gloriosa.

COMENTARIOS

La materia de la « Réplica á un sofista » se halla en « El Cosmopolita ; » pero lo que allí está en cuatro ó cinco páginas, ha venido á ser en este libro un tratado de ciento cuarenta ó ciento cincuenta : es original en su mayor parte, y en él se encuentran puntos nuevos bien así de historia como de humanidades y filología. El lugar de Ciceron, verbigracia, no consta en mi primer escrito : con más lectura, he podido ahora ampliar ese estudio y darle la forma que lleva. Lord Byron mostraba arrepentirse de haber publicado su terrible contestacion á los críticos escoseses : de los puros agravios, las iras, las soberbias, yo tambien me hubiera arrepentido. Suprimidas la sátira personal, las alusiones sangrientas, queda la doctrina, y esto á manera de discusion útil para los jóvenes de América, de la cual podrán sacar algunas verdades provechosas. Acometido de repente por una muchedumbre insana de amigos y enemigos, tuve cólera, lo confieso, é hice andar el palo de manera que no me quedó titere con cabeza. No fué caso de inquisicion el haber salido yo, muchacho aún, con una pluma en la mano que heria como lanza en los malvados opresores y en los serviles oprimidos ? El tiranuelo cayó patas arriba ; con el revólver y la pluma he puesto en calzas prietas á los que me han embestido de diferentes modos. Por fin estoy en calma : ahora no quiero sino

ser útil, salvo que seré pernicioso para los que juzgan funestas la propagacion de la verdad y la difusion de las luces. He acumulado sobre uno solo la crítica de muchos hombres de mala conciencia, porque al fin preciso es que haya un chibo emisario, ó uno que cargue con los pecados de todos. Sin la resistencia que solemos oponer algunos *herejes*, como nos llaman en América los clérigos á los que algo estudiamos y nada robamos, religion, moral, política, literatura, perdidas fueran. Todos esos á quienes se dirige la Réplica á un sofista son miembros correspondientes de la Academia Española, mentira parece. Un pobre hombre de cuyas virtudes literarias yo no hacia caudal, vino un dia á mi casa y me dijo : « El Cosmopolita » está bueno; pero en adelante yo he de poner la puntuacion. » No me he consolado de esta desgracia sino cuando he sabido que á escritores de más fuste que yo les ha ofrecido tambien su puntuacion, como hizo con don Tomas Cipriano de Mosquera en Lima. No sea usted tonto, don Juan, me dijo otra vez el mismo académico de la Argamacilla; no se puede decir que *le* huimos al diablo, ni que el diablo *nos* huye. Está bien : no *le* huimos al diablo; pero al cocodrilo sí; y al orador de Capmany podrán muy bien huirle las palabras, lo mismo que á los Argensolas el tiempo. Cuando ignorantones como ése son miembros correspondientes de la Academia, y se conceptúan abonados para vender sus conocimientos y regalar su puntuacion, ¿qué esperanza le queda á un pueblo de llegar á ser sabio ni culto? Pobre historia en manos de un embustero, pobres humanidades en poder de un menguado presuntuoso!

La puntuacion de ese buen señor, yo no la habia menester; lo que sí le hubiera agradecido hubiera sido la acentuacion, que está corriendo la suerte de los judíos : inestable, pasajera, no tiene patria ni reconoce hogar. En dónde pintaré el acento, Señor Dios? en corazón? en pasión? La Academia Española, en su última gramática, lo pinta en los acabados en on, cosa que nunca habíamos hecho; y al fin ella debe de estar en lo justo. Cuándo acabarán los españoles de fijar la ortografía de su lengua? Los franceses nada tienen ya que hacer en la suya, teniendo como tienen regla y norma conocida. La Academia, Salvá, Bello, raras veces están acordados; y así vemos fluctuar la ortografía castellana en términos que realmente afligen. Mucho debemos de haber adelantado de Cervantes acá; mas era ya tiempo de tener leyes gramaticales tan buenas, que no sea preciso derogar mañana lo que hemos establecido ayer. Queriendo ceñirme á los últimos preceptos de la Real Academia Española, fué el manuscrito de los « Siete Tratados » con los nuevos acentos á la imprenta : don Juan Bautista Guim, viejo español de los chapados á la antigua, no los quiso ni oír, sino los en que yo insistí con fuerza, como los de *éste*, *ése*, cuando se les usa con énfasis, ó están en lugar de nombres que quedan atras. Pero en corazón, verbigracia, dijo que primero echaria al fuego su pluma de corrector. Corrector que ha sido catedrático en universidades de España, y hombre de consulta en Francia, respeto merecia. Cedió en la mayor parte, y muy descansado y contento que estaba con mi Monsieur Jacquin por impresor, y mi don Juan por corrector, ancianos á cual más hombre de bien, experi-

mentado é inteligente, que me hacian útiles indicaciones. Con dos cooperadores tales, no habia duda sino que mi libro iba á salir, sino bueno, por lo ménos correcto. Faltáronme las pruebas una semana entera : nada venia de Besanzon. Escribo á mi impresor, y la contestacion es el parte del fallecimiento de su esposa, compañera de toda su vida. A la cama se fué el anciano. Volvemos al trabajo con la convalecencia : hé ahí que me vuelven á faltar las pruebas : Qué ha sucedido, mi buen Monsieur Jacquin? La contestacion es el parte del fallecimiento del señor Guim. ¡ Y digo si me causó pesadumbre la noticia! Hombre que al primero de los Siete Tratados me habia escrito : « Su modo de escribir me pasma, » y otras cosas que me hacian agradable escozor allá adentro en las regiones de la vanidad y la esperanza, bien merecia mi cariño. Despues de enterrar al español, su antiguo camarada, Monsieur Jacquin se puso otra vez á la obra. Esto no duró ni quince dias : entrando una noche á mi cuarto, hallé un gran pliego de luto : mi impresor habia muerto, estaba ya en sus siete piés de tierra. Este libro sale de un cementerio : será bueno, será mal agüero? Por lo ménos es evidente que muchos han de caer desmayados al verle; aunque los aparecidos no siempre vienen á revelar secretos de crímenes ocultos, sino tambien á descubrir tesoros. Un jóven frances lo está imprimiendo en Besanzon ; yo lo corrijo en Paris, sin tener á quien volver los ojos en las dificultades y las dudas. Errores de ignorancia, ha de haber muchos ; de malicia, ni uno solo. Lector, mira cómo te acomodas á disimular y perdonar, en gracia de lo que ha hecho un semibárbaro á efecto de darle un mentís

al grosero teuton que ha escrito de nosotros : « La raza hispano-americana es tan menguada, que jamas dará un hombre capaz de componer un libro. » El prusiano Paw hubiera dicho mucho más, si no le hubiera faltado el vino ; pero ya habia dicho tambien que en América la lactacion duraba diez años. ¡ Cuán tetones fuéramos si mamáramos así, eh, amigos de Colombia, Venezuela, Perú, Chile y más hermanos? Bien se ve que Paw fué el que mamó diez años ; que si mamara cinco solamente, no hubiera publicado ni la mitad de esas torpezas. Por dicha el viajero aleman no debe de saber castellano ; que si lo supiese, ya diria que el autor de los « Siete Tratados » es incapaz de componer un libro, cuando ha promiscuado en más de un lugar el dativo con el acusativo, poniendo á caso *les* por *los* y *los* por *les*. Si esto hay, vaya por cuenta de los impresores, y sírvame de excusa la distancia : mucho me temo que ocurran por allá en las fojas pasadas uno ó dos casos de esa fea trocatinta : imposible me ha sido conseguir la tercera prueba de Besanzon á Paris. Lo que el señor Guim contestó á uno de mis reclamos fué : « Cítame usted la obra más remirada, y si en el primer capítulo no le tomo dos ó tres faltas, proteste usted contra las que se puedan hallar en su libro. » Dios misericordioso ! cuando Erasmo le tomó unos cuantos gazapatones á Ciceron, segun que lo hemos dicho, quién seria tan vano y amigo de lo imposible que quisiese publicar obra sin defectos? Así por ejemplo en este punto se me acuerda haber dicho : « *instituciones* de los jesuitas ; » cuando ellos no tienen sino *constituciones*, y famosas !

Un hombre de Estado mandó una vez un expreso á romper cinchas tras el correo, porque entró en duda si habia ó no puesto el acento ortográfico en el « Excelentísimo señor » con que se dirigia al contraalmirante de la flota francesa del Pacífico, respecto de cierto bombardeo que estaba á las puertas. El primer cañonazo podia dispararse; y el señor ministro de Relaciones Exteriores recaudaba á todo trance su buen pliego, para pintar el acento de vida ó muerte. En poco está que yo no dé orden á mi impresor de echar al fuego este primer tomo, cuando veo en él *Aspacia* con c, siendo así que este nombre célebre se ha escrito con s desde que la bella hija de Mileto compareció en Atenas perturbando el ánimo de Sócrates y unciendo á su carro al gran Pericles. Así como *Germánico* no será *Jermánico* ni el dia del juicio; por cuanto si no hubiera sido *Germanicus* por hijo de Druso Nero Germánicus, lo hubiera sido por vencedor de los Germanos y conquistador de la Germania. *Germánico* se halla en diez lugares de este libro, pero eso les da á los críticos de allende el mar; lo que hace á su propósito es hallarle una vez con J por yerro notorio: seré ignorante, pícaro y hereje, como lo he sido mil veces por idénticas razones. Un notable escritor de Colombia, don Arcesio Escobar, publicó un artículo foribundo contra mí, porque en uno de mis escritos habia hallado un *pricioneros* con c. Pero, buen amigo, le decia yo, ¿no ve usted la misma palabra cien veces en mi opúsculo? Porqué se agarra usted de la única que está mal puesta? Nada: de un liberal no se podia esperar otra cosa; y ése es un tal y un cual. Era el caso que un católico puro habia

cogido por sorpresa 37 hombres en un buquecito: máttolos hasta el último, dos por dia, regodeándose en la defensa de la Iglesia. Yo los llamaba prisioneros á esos hombres; y lo eran, como revolucionarios con derecho y programa. El de gentes, herido en el corazon, estaba dando altas voces por mis labios: don Arcesio ni palabra en órden al punto legal; pero halló por ahí un *pricioneros* con que se coronó. Ay de mí, si no hiciera yo esta como fe de erratas en libro escrito para la América Española, donde no hay quien no se levante contra el bribon que está amenazando con hacer algo de provecho. La fe de erratas ha caído en desuso: ¿cómo haré para que mi libro no vaya con ese rabo? La introduzco y hago pasar con nombre de comentario, y allá me den látigo en mi ausencia los que no tienen por bueno el expediente. Si halláramos por ahí un *sismático*, castigáramos al autor ó al impresor? Señor maestro, yo digo *cisma* cuatro líneas despues; no he podido decir *sismático* cuatro líneas ántes. Y ese *conseciones*, qué significa, don sutil palabrero? No sabe usted que la primera es c y la segunda s? Como siempre he dicho *conceder*, no concedo que *conseciones* sea falta mia. Y restableciendo la ortografía de un feo *socabar* que se halla por la página 150, y poniéndolo *socavar*, por ser compuesto de so y de cavar, pasemos á otra cosa.

La uniformidad es requisito de toda obra bien impresa: palabras que unas veces llevan acento y otras no, dan á entender, ó que el autor ha estado fluctuando, ó que no ha habido acuerdo entre éste y el impresor. *Fe* se encuentra con acento en gran parte de este volú-